

Bilbao (País Vasco, España)

Refugio portátil

María José Caro León-Velarde

Mientras esperamos el concierto de Radiohead, me repito que Bilbao es una ciudad a la que regresaré. Estoy segura de que si no lo hago, habré fracasado de alguna manera. He llegado a ver el BBK Live y a despedirme de los dos años que pasé en España. Vine con C, quien se ha vuelto mi mejor amiga. Ella ha aprendido a combatir sus demonios con música de la misma forma como lo he hecho yo con la literatura. Después de todo, la ficción en cualquiera de sus formas es un refugio portátil.

Bilbao es el lugar perfecto para no ser encontrado. No forma parte de los *tours* que eligen los limeños para visitar Europa. Los bilbaínos la llaman "el agujero" porque se encuentra rodeada de montañas verdes de nombres en *ezkerra*, inevitablemente irreproducibles. El festival de música es en Kobetamendi, un parque ecológico conformado por varias de

esas colinas. Allí han montado dos escenarios, puestos de comida, barras, *stands* de videojuegos y, en la colina más empinada, una zona de acampada para los asistentes. No me llevo bien con los campamentos, no por una cuestión de comodidad, sino porque los límites del espacio personal se desdibujan de una manera incómoda. Por eso elegimos el Holiday Inn. Por eso y el temor de C a los baños portátiles.

Radiohead cerrará el BBK Live, las noches previas hemos escuchado a The Cure, Snow Patrol, Keane, Mumford and Sons y Garbage. De día, nos hemos dedicado a recorrer "el agujero". Hemos andado por las salas metálicas del Museo Guggenheim y comprado imanes para refrigeradora de Andy Warhol y Pablo Picasso. Gracias a una guía de turismo gratuito que recogí del *lobby* del hotel, C se ha consagrado a sacar fotos en la sala princi-



pal del Museo de Reproducciones de Bilbao. Una colección que se compone de réplicas exactas de obras expuestas en el Louvre. C ha fotografiado la muestra entera con la inocente ilusión de que cualquier fraude se destapará si uno es lo suficientemente contemplativo.

Las noches son de Kobetamendi y el festival. Desde lo alto, Bilbao esplende y las luces de sus edificios se reflejan sobre el río Nervión, aquel que corta en dos la ciudad. El casco antiguo se erige hacia el margen derecho mientras que el lado cosmopolita descansa sobre el izquierdo. El río también funciona como una línea de tiempo y sus hitos son los puentes que unen ambos rostros de Bilbao. El más antiguo fue construido en el siglo XIV, el más nuevo a finales del siglo XX. Los he cruzado casi todos porque cada uno es absolutamente distinto al anterior. Cada puente encuentra sentido en sí mismo, cada uno habla por sí solo.

He recordado allí, apoyando los brazos sobre la baranda del puente Zubizuri, que todos los viajes se hacen en solitario. Que cuando regrese a Lima, la memoria me jugará una mala pasada y mis días en la península se irán borrando, hasta que dos años de mi vida se sostengan solo en algunos hitos. Espero que el hito en Bilbao se decolore lo menos posible. Que cuando recurra a esa fotografía en tiempos peores, me reconozca detenida entre los cerros de Kobetamendi, con los ojos cerrados hasta el dolor y un vaso de whisky en la mano, cantando desde mis entrañas, sin poder distinguir mi voz del resto durante alguna canción de Mumford and Sons.

Estoy de pie junto a la barra de bebidas que se encuentra a varios metros del escenario, cuando Tom Yorke de Radiohead aparece sobre la tarima. De pronto, la gente antes dispersa entre las colinas de Kobetamendi se reúne junto al escenario. C me espera atrincherada en las primeras filas junto a un grupo de estudiantes nórdicos que fuman marihuana con una pipa. *Fake plastic trees* es la canción que abre el concierto, reconozco los acordes iniciales. Avanzo, intentando no derramar la cerveza que llevo entre los dedos sobre alguno de los asistentes. En una de las pantallas gigantes que han distribuido por todo el recinto, veo a Tom Yorke sentado frente al piano; escucho en su voz esa agonía armoniosa que se impregna en toda la música de Radiohead y nos confirma que muchas veces la ansiedad está llena de belleza.

Desde mi lugar sé que me será imposible llegar hasta donde se encuentra C; nos separan veinte mil personas dispuestas a no perder su espacio. Nos separa también la fobia a las multitudes que he combatido el resto de días con whisky y Coca-Cola. Así que me instalo en la parte baja de la colina que aloja al campamento. Bebo un sorbo de cerveza y le envío a mi amiga un mensaje de texto con mi localización. Ella responde con una foto de Tom Yorke entrecortada por brazos ajenos. Desde mi lugar también alcanzo a distinguir las luces de la ciudad. Creo reconocer el museo Guggenheim y la Universidad de Deusto. El grupo toca *No surprises*, esa canción que habla de vidas inmóviles y moretones que no sanan. Esta vez, acompañada de tiendas de campaña vacías, soy capaz de escuchar a mi propia voz cantar hasta agotarse.